

Ana R. Cañil y Joaquín Estefanía

Los Tyrakis

Una saga familiar para entender
la crisis de Grecia



Galaxia Gutenberg

Ana R. Cañil y Joaquín Estefanía

Los Tyrakis

Una saga familiar
para entender la crisis griega

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2016
Segunda edición: abril 2016

© Ana R. Cañil y Joaquín Estefanía, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 4119-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-67-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

INTRODUCCIÓN

Algo va a pasar, ya lo verás

La pequeña historia de este libro es una mezcla de suerte y casualidad. Suerte: estar en el momento oportuno en el lugar adecuado. Casualidad: encontrar a los protagonistas indiscutibles del relato.

Unos ciudadanos, como tantos, se disponen a pasar unos días en Atenas haciendo turismo y observando, in situ, en qué consiste eso que se denomina «la crisis griega». Les han dicho que lo que sucede en Grecia es muy parecido a lo de España, sólo que en grado superlativo. La historia reciente de los dos países tiene muchos puntos en común. En dictadura, en democracia, en la abundancia y en la crisis. Recorren los monumentos, las plazas y las calles; se extasían ante la Acrópolis y sus alrededores que son, como ha dicho alguien, metáforas de una época, de sus valores y su manera de entender la vida colectiva. De repente, el Gobierno griego —el primer Gobierno a la izquierda de la socialdemocracia en cualquier país europeo occidental desde la Segunda Guerra Mundial— convoca un referéndum con el objeto de reforzarse ante la durísima negociación con sus acreedores y abrir una vía para reestructurar la gigantesca deuda que tiene atezados a los griegos de varias generaciones. Nada similar había ocurrido en ningún otro lugar durante la Gran Recesión, y la troika (el Fondo Monetario Internacional, la Comisión Europea y el Banco Central Europeo) lo toma como un pulso a su poder y fuerza a Grecia a un *corralito* a la argentina: los bancos cierran y la gente apenas puede sacar dinero en efectivo de los cajeros automáticos... Se añade crisis a la crisis, incertidumbre a la incertidumbre: en sólo los

últimos cinco años los griegos han perdido una cuarta parte de su riqueza, lo que no se explica excepto si un país entra en guerra, lo que no era el caso. Es el resultado de las brutales políticas de austeridad impuestas.

Al tiempo que ello sucede a la vista de los turistas accidentales, miles y miles de refugiados –sirios, afganos, eritreos, libios, somalíes... –, provenientes del otro lado del Mediterráneo, desembarcan en el puerto de El Pireo desde las islas griegas, a las que han llegado a través del vecino feroz: Turquía. Los refugiados que no se quedan por el camino y no se ahogan en las aguas del Mediterráneo inundan distintas plazas y calles de Atenas y se las disputan al turismo, primera fuente de riqueza griega. La sociedad civil, a través de las organizaciones no gubernamentales, y el Estado, utilizando las instalaciones de los Juegos Olímpicos de 2004 y construyendo campamentos con centenares de contenedores adaptados, se disponen a acoger a esos refugiados que huyen de la muerte, la tortura y el hambre de sus países de origen. Algunos son estados fallidos; casi todos, territorios en armas. Surge el dilema: ¿cómo van a aplicar la solidaridad con los pobres y los desarraigados los ciudadanos de un país aceleradamente empobrecido e intervenido y humillado desde el exterior?

El conjunto de estas dos circunstancias, una crisis económica semejante a una Gran Depresión y un éxodo de casi un millón de personas que quieren atravesar Grecia (un país de 11 millones de habitantes) camino a la Europa del centro o del norte, convierte el lugar un gran laboratorio. Los turistas accidentales se transmutan en lo que de modo permanente son: periodistas. Se quedan para contemplar lo que un escritor del lugar, Christos Ikonomou, titula en un estupendo libro de relatos *Algo va a pasar, ya lo verás*. Desde entonces hasta hoy han vuelto varias veces a tierras helenas para conocer los frutos de ese laboratorio e intentar transmitir sus experiencias.

Desde el primer momento se dan cuenta de que hay mucho que contar a los ciudadanos de otros países. Una situa-

ción devastadora desde todos los puntos de vista: político, social, económico... Pero es tan enorme el conjunto que resulta casi imposible describirlo. Entonces surge la suerte a través de dos personajes centrales para conocer esos resultados: Manolis Tyrakis y Lambros Moustakis. Nada hubiera sido posible sin ellos.

Manolis Tyrakis, miembro entrañable de esa clase media que para sobrevivir ha tenido que pluriemplearse, uno de cuyos trabajos es tratar con los turistas españoles y latinoamericanos debido a su dominio del castellano (aprendido en Argentina, en una de sus migraciones), nos dio la idea, en una conversación casual, de que su familia numerosa era representativa de lo que estaba sucediendo en Grecia. Nada le era extraño. Su madre, Penélope, la protagonista principal de esta saga, afirma que las políticas implantadas por la troika le recordaban la ocupación nazi de los años cuarenta, y que eso de que los griegos habían vivido por encima de sus posibilidades sólo lo podían sostener alemanes como el ministro de Economía de Angela Merkel, Wolfgang Schäuble, que desconocen la realidad del país. La prueba era la vida que llevaban sus nueve hijos, cada uno de ellos con su individual camino cotidiano de supervivencia.

Lambros es un *homeless* todo dignidad, que sabe varios idiomas y que ha hecho de traductor de numerosos periodistas españoles con los ciudadanos y los políticos griegos. Cuando Yanis Varoufakis, el académico que se transmuta en ministro de Finanzas y que dirige la primera fase de las negociaciones con la troika, llega al Gobierno de Alexis Tsipras, declara a un periódico: «¡No defraudaré a Lambros!», al que conoce de los alrededores de la plaza Sintagma, donde está la sede del ministerio. El hombrón Lambros ha sido otro de nuestros anfitriones.

La generosidad de los Tyrakis hizo el resto: las largas conversaciones con cada uno de ellos son el contenido central de este libro que hemos escrito en forma de crónica. Es un estilo periodístico en el que, de forma tradicional, se suele dar voz a los que no la tienen, a los que no son los prota-

gonistas habituales de la información. Dice el periodista Martín Caparrós (*Lacrónica*, Círculo de Tiza) que la información (tal como existe) consiste en decirle a muchísima gente lo que le pasa a muy poca, la que tiene poder, y que la crónica se rebela contra ello cuando intenta mostrar, en sus historias, la vida de todos, de cualquiera. «Es una manera de decir que el mundo también puede ser otro. La crónica es política.»

Esta crónica, la de la familia Tyrakis, tiene entre sus fines construir memoria. Después del relato de sus vidas, ya sólo faltaba contextualizarlo. Las partes I y III de este libro son esa contextualización: los datos del hundimiento, las causas del mismo y su análisis. La parte II es el relato sobre una familia y sobre una red de solidaridad para superar la adversidad, que se identifica mucho, a nuestro parecer, con la propia historia de Grecia durante estos últimos años. Todos los nombres, excepto uno, y todas las situaciones son reales. La excepción se ha hecho para respetar la intimidad de una persona. Nos gustaría que quienes leyesen el texto lo considerasen una especie de homenaje a quienes nos han ayudado y nos han enseñado.

ANA R. CAÑIL Y JOAQUÍN ESTEFANÍA

PARTE 1

La letra escarlata

Dos griegos están conversando: Sócrates acaso y Parménides.
Conviene que no sepamos nunca sus nombres: la historia, así,
será más misteriosa y más tranquila.

El tema del diálogo es abstracto. Aluden a veces a mitos, de los
que ambos descreen.

Las razones que alegan pueden abundar en falacias y no dan
con un fin.

No polemizan. Y no quieren persuadir ni ser persuadidos, no
piensan en ganar o en perder.

Están de acuerdo en una sola cosa: saben que la discusión es el
no imposible camino para llegar a una verdad.

Libres del mito y de la metáfora, piensan o tratan de pensar.

No sabremos nunca sus nombres.

Esta conversación de dos desconocidos en un lugar de Grecia
es el hecho capital de la Historia.

Han olvidado la plegaria y la magia.

JORGE LUIS BORGES,
«El principio»

ECHAR SAL EN LA HERIDA

Ésta es una historia de cómo la decadencia y las dificultades pueden llegar a cualquiera, cuando vienen mal dadas. La crisis económica que asoló al mundo a finales de la primera década del siglo **xxi** detuvo, en distintos lugares, la escalera social, y muchas familias que con enorme esfuerzo habían logrado incorporarse a la clase media retrocedieron y hubieron de adaptarse a nuevas condiciones de vulnerabilidad. Este relato es una representación más del mito de Sísifo, adaptado a las ciencias sociales. Sísifo fue castigado por los dioses por su extraordinaria astucia, y condenado a perder la vista y a empujar de modo perpetuo una piedra gigante montaña arriba hasta la cima, sólo para que volviese a caer rodando hasta el valle, desde donde debía recogerla y empujarla nuevamente hasta la cumbre. Y así, indefinidamente.

Grecia ha sido la cobaya mayor de Europa en el laboratorio de la crisis. El eslabón más débil. Sus ciudadanos son los que más han sufrido los estragos de las dificultades, que por su magnitud eran desconocidas por las últimas generaciones de ciudadanos, acostumbradas a progresar poco a poco y no a retroceder en el progreso. Han arrostrado, primero, los obstáculos propios de una profundísima depresión económica y, a continuación, las humillaciones que han caracterizado en este tiempo los procesos de intervención del exterior por parte de la denominada *troika*, que echó sal a la herida de los países con problemas. Ahora están humillados e intervenidos.

Se debe al intelectual español José María Ridao la imaginativa analogía de Grecia con el personaje principal de la novela *La letra escarlata*, de Nathaniel Hawthorne.¹ Hester Prynne es condenada por un tribunal público a llevar sobre las ropas una marca que recordaba su pecado de por vida. Sólo que el hombre con el que fue infiel a su marido resultó ser un reverendo de conducta hasta entonces ejemplar, que se mantuvo silencioso e indiferente al sufrimiento de Hester, mientras ésta intentaba sobrevivir estigmatizada en la puritana sociedad inglesa del siglo XVIII. El reverendo se creyó a salvo del escándalo, pero al pasar el tiempo la misma marca que Hester tuvo que llevar sobre sus ropas, la misma letra escarlata que arruinó su vida por haber pecado, comenzó a dibujarse sobre la piel del cura. Lección para quienes han contemplado la crisis griega con indiferencia, como si nunca les fuese a llegar a ellos.

La letra escarlata es la que las economías fuertes, acreedoras (Alemania y su glacis al frente), pueden imponer a las más débiles para la expiación de sus culpas, aunque acaben contagiando a las primeras. La sensación de humillación no se borra sino que la experimentan los ciudadanos de los países forzados a elegir entre las políticas de austeridad, que conllevan el suicidio, y la intervención externa, que conduce a la servidumbre, y procede de que ambas opciones son impuestas so pena de ser excomulgados a las tinieblas exteriores de la familia europea, y de que comprometen por igual a las viejas generaciones (las presuntamente pecadoras) y a las nuevas (herederas del pecado), a las fuerzas políticas tradicionales, sean conservadoras o socialdemócratas, y a las emergentes, de derechas o de izquierdas, privando de valor las preferencias que los ciudadanos expresan en las urnas.

Además, los que imponen las políticas de austeridad y las intervenciones pueden equivocarse sin que ocurra nada. No pagan diezmo. Dentro de unas décadas, con la política econó-

1. José María Ridao, *Te intervienen, te humillan*, *El País*, 21 de junio de 2012.

mica aplicada los últimos años en Europa (que ha generado tantos sufrimientos y una marcha atrás en el bienestar de la ciudadanía) sucederá lo mismo que con la de la Reserva Federal de Estados Unidos (Fed) durante los primeros años de la Gran Depresión de la década de los treinta del siglo pasado: que, en el mejor de los casos, será considerada un gigantesco error y, en el peor, como una conspiración para cambiar la correlación de fuerzas y hacer una gigantesca transferencia de la renta, la riqueza y el poder desde una parte de la población, la mayoritaria, a otra, las élites. Y todo ello para volver al pasado, anterior a la creación del Estado del Bienestar y a las políticas públicas de redistribución.

Por su trayectoria, es paradójico que, de los tres socios de la troika, el Fondo Monetario Internacional (FMI) sea la parte que más autocrítica haya hecho de sus recetas tradicionales y de talla única. Recientemente se conoció un informe del organismo multilateral, relacionado con Grecia, que explicaba que con las políticas impuestas se esperaba una reducción acumulada del 5,5 % del Producto Interior Bruto (PIB) en 2012 con respecto al de 2009, pero que en realidad tal disminución había llegado a ser del 17 % (el PIB se redujo una cuarta parte en el lustro 2010-2015); se creía que el paro no superaría el 15 %, y lo hizo hasta el 27 %; se estimaba que la deuda pública ascendería hasta el 156 % del PIB en 2013, pero ha rondado el 180 %. Tal grado de error (superior al 300 % en el caso del PIB) puede ser calificado de mayúsculo, cuando afecta a la vida de las personas y no sólo a la macroeconomía. La medicina aplicada fue un fracaso y dejó en las últimas al enfermo. ¿Quién es el responsable?

La historia del FMI es, en buena parte, la del sufrimiento generado por sus recetas de *rigor mortis* y sus diagnósticos equivocados, aplicados unidireccionalmente en cualquier circunstancia a los ciudadanos de numerosos países muy distintos entre sí. La diferencia respecto al pasado, cuando estas recomendaciones se hacían, sobre todo, a los países del Tercer Mundo de América Latina, África o Asia, es que ahora –que los destinatarios de sus meras «insinuaciones» son los países

europesos y, en algún caso, Estados Unidos—, si el FMI se equivoca, hace una cierta corrección teórica de sus posiciones, cuando antes no había practicado nunca la autocrítica.

Sucedió en el último tercio del año 2012, cuando dos de sus economistas más importantes, Olivier Blanchard (economista jefe de la institución) y Daniel Leigh, presentaron el informe titulado «Errores en las previsiones de crecimiento y multiplicadores fiscales». En él se estudiaba el impacto que tenía el gasto de los gobiernos o el incremento de los impuestos en los resultados económicos de un país, para llegar a la conclusión de que las políticas de austeridad recomendadas por el FMI —y otras instituciones europeas, como la Comisión Europea o el Banco Central Europeo (BCE)— a países como España, Portugal o Grecia subestimaron su impacto en el nivel de paro, en el consumo privado y en la inversión. Por tanto, generaron un mayor grado de sacrificio y de ajuste a las poblaciones. Los pronósticos de los expertos del FMI se equivocaron al aplicar un multiplicador fiscal erróneo: creían que por cada euro público gastado de menos o gravado de más se destruirían «sólo» 0,5 euros de actividad, cuando la realidad ha sido que por cada euro retirado se han destruido 1,5 euros. ¡Tres veces más!

La cuestión es, de nuevo, quién se hace responsable de ese abultadísimo error que condujo a la doble recesión europea desde el año 2009, con los resultados conocidos en materia de desempleo, empobrecimiento masivo, mortandad de centenares de miles de pequeñas y medianas empresas y comercios, y reducción de la protección social.

El documento de Blanchard y Leigh se comprendía mejor si se lo relacionaba con otro informe del FMI, hecho público en febrero de 2011 y titulado «Actuación del FMI en la fase previa de la crisis económica financiera», en el que se denunciaba el enterramiento de las voces críticas que había en el organismo multilateral y una «lectura complaciente» de los problemas económicos que desembocaron en la mayor crisis económica de las últimas ocho décadas. Los consultados mencionaron que «les preocupaban

las consecuencias de expresar posiciones contrarias a las de los supervisores, la gerencia y las autoridades de los países», y que había «un elevado grado de pensamiento de grupo, una captura intelectual y un pensamiento generalizado de que una gran crisis financiera en las economías avanzadas era imposible».

EL CÍRCULO SE CIERRA

Desde el comienzo de la segunda década del siglo XXI una buena parte de los ciudadanos griegos, como otros muchos europeos con contrariedades económicas, ha tenido la sensación de estar atrapada en una especie de rueda del destino. Dentro de ese círculo podía moverse más o menos libremente, elegir gobiernos, escoger, tomar decisiones y cambiar de opinión; quizá ni siquiera eran conscientes de estar dentro de un círculo cerrado, pocos veían la empalizada que lo rodeaba. ¿Cómo deben comportarse esos ciudadanos cuando, de repente, se empiezan a dar cuenta de que los muros se estrechan? El escritor israelí Nir Baram hace la reflexión para otra circunstancia histórica (su país, su conflicto), pero que bien puede aplicarse aquí: un día pueden tocar las paredes con sólo estirar los brazos; al siguiente, el brazo está doblado; una jornada más y los brazos están pegados al cuerpo. «Al final los clavos de la pared le están arrancando un trozo de piel y resulta que tienen ahí a un hombre, y justo al lado un pedazo de su piel, y es entonces cuando se da cuenta de que esos muros... pues como que le están aplastando un poco.»¹

El problema de Grecia arrancó con la gigantesca deuda contraída en los años de bonanza. En este caso no se trató de burbujas inmobiliarias, hipotecarias o de materias primas, sino de deuda. En la película *The International: dinero en la sombra*, dirigida por Tom Tykwer, un empresario que trafica

1. Nir Baram, *La sombra del mundo*, Madrid, Alfaguara, 2015.

con armas lo define muy bien: «No hay que controlar los conflictos sino la deuda que generan los conflictos».

En las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado y en los primeros años del actual, la pulsión dominante de los estados, las empresas, las familias y las personas era gastar lo que no se tenía, y luego ya se vería. Las entidades que proporcionaban esos créditos, los bancos, lo facilitaban con holgura. Uno entraba en uno de esos bancos a pedir un préstamo para adquirir una casa, y salía con la casa y un velero. Estaba bien visto que la gente, las instituciones, debieran dinero. De repente, la moda cambió y lo que hasta entonces había sido una virtud devino en una enfermedad. El *homo economicus*, que se había transformado en un robusto *hombre endeudado*, más tarde se convirtió en un enfermo, en un paria. Sobre el país heleno recayeron todas las metáforas a la vez, como un modo aparentemente didáctico de explicar lo sucedido. El politólogo Yannis Stavrakakis describe tres de las metáforas más representativas:¹

- La metáfora médica. Grecia padece una crisis que es una enfermedad grave, resultado de una patología social implícita. Se teme su contagio y, por ello, es necesario prescribir una medicación; lo mismo que una quimioterapia agresiva, dicha medicación es imprescindible si se quieren recuperar las funciones vitales del paciente, aunque su tratamiento podría poner en riesgo su vida.
- La metáfora pedagógica. Es la más paternalista: las causas de la enfermedad son antropológicas, culturales, están presentes en un grado de inmadurez o mal comportamiento congénito. Es preciso tratar a Grecia como a un alumno que hace novillos, que se merece el castigo no sólo para enderezar su comportamiento, sino también como ejemplo para los demás alumnos díscolos.

1. Véase VV.AA., *El síntoma griego* y, dentro de él, el capítulo de Yannis Stavrakakis, «La sociedad de la deuda y el futuro de la posdemocracia», Madrid, Errata Naturae, 2013.

- La metáfora zoomórfica. Grecia pertenece, junto a otros países de Europa, la mayoría del sur, a ese grupo que los anglosajones y los alemanes dan el acrónimo de países PIGS (Portugal, Irlanda, Grecia y España), que, cuando están enfermos o se portan mal, quedan desprovistos, como los cerdos, de humanidad, racionalidad y dignidad.

La deuda pública de Atenas (más de 300.000 millones de euros, 178,6 % del PIB, en 2014) es un buen ejemplo del mecanismo vigente en la mayor parte del planeta, cada vez más generalizado, de sustitución de los impuestos por créditos como método de pago de los compromisos de los sucesivos gobiernos. Se sustituyen los molestos impuestos (que se deben pagar según la capacidad adquisitiva del contribuyente y no se devuelven) por deuda (que paga toda la ciudadanía y que ha de devolverse, con intereses, a quien presta el dinero: el sistema financiero). La misma Grecia que entró en la Unión Europea (UE) en 1981 y en el euro veinte años después, que organizó en el año 2004 unos Juegos Olímpicos ejemplares con los que asombró al mundo, se convirtió de la noche a la mañana en el enfermo más grave, en el alumno más indisciplinado y en el *pig* más horrendo de la eurozona.

En abril de 2015, el Parlamento griego creó una comisión para estudiar la formación y las condiciones de la deuda del país, que dio a luz un «Informe de la Comisión para la Verdad sobre la Deuda Pública Griega».¹ Fue encargado por la entonces presidenta del Parlamento, Zoe Konstantopoulou, que confió la coordinación científica de este trabajo al experto belga Éric Toussaint. En sus tesis preliminares, que son las únicas publicadas hasta este momento, se afirma lo siguiente sobre la política de austeridad impuesta desde la troika: «Estas medidas impuestas intencionadamente, que supuestamente pretendían reducir el déficit público de los Presupuestos del Estado y llevar la deuda a niveles sosteni-

1. VV.AA., *La verdad sobre la deuda griega*, Barcelona, Icaria, 2015.

bles, empujaron la economía a una gran recesión –la más larga experimentada en Europa en tiempos de paz–. Millones de personas fueron arrojadas a la pobreza, al desempleo y a la exclusión social, mientras se socavaron los derechos humanos, en particular los económicos y los sociales. Los servicios públicos e infraestructuras, como escuelas, hospitales, juzgados y municipalidades a lo largo del país, se fusionaron, cerraron o fueron asfixiados económicamente para conseguir los objetivos fiscales especificados por los acreedores, ampliamente criticados como inaceptables y poco realistas. Vidas humanas, tejido social, estructura del Estado y medio ambiente sufrieron heridas que costará mucho tiempo sanar o que son irreversibles, como en el caso de los que perdieron o se quitaron la vida durante el periodo de los memorandos (planes de rescate, en el que la tasa de suicidios llegó a niveles sin precedentes)».

Uno de estos suicidios alcanzó repercusión internacional, al producirse delante de las cámaras en la plaza Sintagma, centro neurálgico de Atenas. Ocurrió el 4 de abril de 2012 y quien se quitó la vida fue un farmacéutico jubilado de setenta y siete años. La crónica del diario *El País*, firmada por la periodista María Antonia Sánchez-Vallejo, arrancaba del siguiente modo: «Eran las nueve de la mañana y el pensionista [de nombre Dimitris Christoulas] buscó el amparo de un árbol, sacó una pistola de la chaqueta y se disparó un tiro en la sien. “No quiero dejar deudas a mi hija», fueron sus últimas palabras”. Christoulas llevaba en el bolsillo una nota incendiaria en la que culpaba de su decisión a las autoridades («el Gobierno de ocupación» de Lucas Papademos –un tecnócrata impuesto por la troika–, un guiño a la ocupación de los nazis en los años cuarenta, que permanece imborrable en los recuerdos de los helenos más longevos y en la memoria histórica del resto), y lamentaba no tener menos años y más fuerzas para empuñar un arma contra «los traidores a la nación». «Dado que tengo ya una edad que no permite recurrir a la fuerza –decía la misiva–, ya que si un griego agarrara un kaláshnikov, yo sería el segundo en ha-

cerlo, no encuentro otra solución que un final digno antes de empezar a rebuscar comida en la basura.» Como acto de resistencia animaba a «los jóvenes griegos sin futuro» a colgar en la misma plaza Sintagma, delante del Parlamento griego, «como los italianos hicieron con Mussolini en 1945», a los citados traidores.

¡Qué hubiera pensado el pensionista Christoulas casi cuatro años después, en febrero de 2016, cuando el Gobierno izquierdista de Tsipras soportaba su tercera huelga general contra la reforma de la Seguridad Social! Desde el año 2011, las pensiones de los jubilados griegos se han reducido 11 veces, con una pérdida media de su cuantía de más de un 40 %. Marineros, pensionistas, profesionales liberales, transportistas, agricultores, etcétera, multiplicaban sus movilizaciones contra el recorte de las pensiones, necesario, según el equipo gobernante, para garantizar un sistema de pensiones «inviable en su estado actual». Siendo esa rebaja de las pensiones una exigencia de los acreedores para conceder su dinero fresco, se multiplicaban las movilizaciones de los profesionales contra la subida de las cotizaciones y las de los agricultores, que desde hacía semanas sacaban miles de tractores en todo el país y bloqueaban cientos de carreteras y puntos neurálgicos, incluidos diversos pasos fronterizos con las naciones limítrofes. La Federación de Marineros mantuvo en Atenas los barcos amarrados a puerto, lo que generó tapones de acceso a las islas, incluyendo la línea de ferris que traslada diariamente a los refugiados e inmigrantes a tierra firme.

La Comisión para la Verdad sobre la Deuda Pública Griega analiza su crecimiento desde principios de la década de los ochenta, con las siguientes conclusiones, entre otras:

- Más que ser un producto de elevados déficits en los Presupuestos del Estado, el aumento de la deuda está relacionado claramente con el incremento del pago de intereses.

Grecia entró en crisis con una deuda heredada del periodo comprendido, sobre todo, entre 1980 y 1993. El mayor contribuyente a la acumulación de esa deuda fue el efecto *bola de nieve* –que se presenta cuando la tasa de interés implícita de la deuda es mayor que el crecimiento del PIB nominal–. Esto explica dos terceras partes del aumento de la deuda entre 1980 y 2002.

- El gasto público era menor que el de otros grupos de la eurozona. El único gasto público (exceptuando los pagos de la deuda) que era mayor, en relación al PIB, era el militar, sobre el cual una serie de escándalos de corrupción «necesitan seguir investigándose». El excesivo gasto en defensa equivalía a 40.000 millones de euros de deuda creados entre 1995 y 2009.
- Los déficits que alimentaron la deuda tenían que ver, sobre todo, con una deficiente gestión en la recaudación de impuestos y de las contribuciones de los empresarios a la Seguridad Social, mucho menores que en el resto de la eurozona y atribuidos al fraude y a las fugas ilícitas de capital. Las pérdidas acumuladas por estas razones explican el restante crecimiento de la deuda en el mismo periodo.
- Las fugas ilícitas de capital provocaron más pérdidas de ingresos fiscales, que ascendían a 30.000 millones de euros entre 2003 y 2009. Ello fue acompañado de menores cantidades de gasto para otras partidas, como Seguridad Social, Educación e I + D, en comparación con la media de los países de la UE.
- Adoptar el euro llevó a un aumento galopante de la deuda privada, desde el 74,1 al 129,1 % del PIB, al que fueron expuestos los principales bancos europeos y griegos. Esto provocó la crisis bancaria de 2009, que desencadenó la crisis de la deuda soberana griega.

Todo ello llevó a la Comisión para la Verdad sobre la Deuda Pública Griega a tres conclusiones muy significativas: que antes de iniciarse la Gran Recesión (antes de 2007) la

deuda griega fue la principal heredera de las deudas acumuladas en el periodo 1980-1993; que el efecto *bola de nieve* fue el principal contribuyente a este cambio, y que fue desencadenado por los elevados tipos de interés coincidentes con una devaluación del tipo de cambio del dracma, la moneda griega antes del euro; y que, a pesar de que los déficits fiscales eran importantes, no fueron la causa principal del espectacular incremento de la deuda. Como corolario, la mayor parte de la deuda griega posterior a 2009, cuando comenzaron los planes de rescate de la troika, era deuda privada convertida en deuda soberana: «Los mismos países e instituciones que convirtieron deuda privada en deuda pública después entraron en una serie de acuerdos de préstamos y Memorandos de Entendimiento (MoU) de 2010 en adelante, la mayor parte de los cuales fueron usados para repagar la mencionada deuda y sus intereses, mientras al mismo tiempo se imponían condiciones de extrema austeridad a la población griega».